

leyes del espíritu del mundo son las pasiones, ó á lo menos á ellas solo se consulta para publicarlas. En esto se fundan, hablando con propiedad, las leyes del mundo; esto las inspira, esto las dicta, y esto es el gran motivo de su puntual observancia.

Pregunto, ¿el lenguaje del mundo es muy cristiano? El es órgano de sus ideas y el intérprete de sus deseos. El es la arenga de las pasiones, y por eso no se entiende la lengua de los santos; las voces de la virtud y de la devoción parecen griegas á los mundanos; ¿y á vista de esto nos admiramos que el Salvador repruebe un espíritu contrario al suyo?

¿Cuáles son las máximas del mundo? Todas las que condena Jesucristo. Dictámenes orgullosos, ambiciosos proyectos, codicia desmedida, amor propio sin límites, artificios, engaños, envidias, enemistades, juegos, espectáculos, enredos, negociaciones y divertimientos, no reconocen otra regla que las máximas del mundo. Cótéjalas con la del Evangelio, y advertirás que no puede haber contrariedad mas sensible. Y si es señal indispensable para salvarse vivir según las máximas de Jesucristo, ¿qué señal mas cierta de reprobación que seguir las máximas del mundo?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que basta una tintura superficial de la religion para reconocer y para palpar, que el espíritu del mundo es inseparable del espíritu de reprobación. ¿Qué concepto haríamos de la religion cristiana si viésemos que igualmente se salvaban los que siguen las máximas de Jesucristo, que los que siguen las máximas del mundo, diametralmente contrarias á aquéllas?

Pongamos los ojos en aquellos modelos de santidad, cuya memoria celebramos todos los dias; y si nos deslumbra el resplandor de tan brillantes modelos, fijemos la consideración en los buenos cristianos que lograron su salvación. ¿Creeremos acaso que se gobernaron por las máximas del mundo? ¿Hallan una sola palabra en el Evangelio, que asegure la salvación de los que viven según las máximas mundanas? Esta reflexión es concluyente, y tan palpable, que no habrá hombre de juicio que no la apoye. Pero en medio de esto, siendo tantos los que no conocen otra regla que la del mundo para sus costumbres, ¿en qué consistirá que se vean tan pocas conversiones?

Dichosas aquellas almas que abominan del espíritu del mundo, y viven según las leyes del Evangelio. Pero el espíritu del mundo es tan sutil, que penetra hasta el mismo santuario. Cierta espíritu de ambición, de indiferencia, de frialdad, de regalo, de comodidad y de conveniencia, sabe insinuarse hasta en los claustros mas estrechos; y por lo mismo es preciso estar siempre so-

bre aviso para no dejarse llevar de estas lisonjeras propensiones de la carne, que alienta el espíritu mundano.

Estinguid, Señor, en mí hasta la mas ligera chispa de este pernicioso espíritu. Infundidme tan grande horror á él que nada sea capaz de avergonzarme de seguir el Evangelio. Vuestras máximas, ó divino Salvador, serán en adelante la única regla de mis costumbres y de mi conducta: perdonadme mis pasados desaciertos.

JACULATORIAS. — Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo ha de durar esa insensibilidad de corazón? ¿Hasta cuándo habeis de amar la vanidad de que está lleno el mundo? (*Psalm. 4.*)

Apartad, Señor, mis ojos de las falsas brillanteces del mundo, que solo son engaño y vanidad. (*Psalm. 118.*)

PROPOSITOS.

1 Para conocer si estás poseído del espíritu del mundo, examina si tus obras se conforman con sus máximas y sus leyes. No hay mundano que no grite contra la injusticia de ellas, y que no se queje de la servidumbre y esclavitud que imponen; pero al mismo tiempo se obedece y se sirve al mundo. Hazte cargo no solo de la injusticia, sino de la extravagancia de la conducta de los mundanos, y resuélvete de hoy en adelante á ser verdaderamente cristiano, dejando de ser mundano. No hagas ahora lo que infaliblemente has de condenar en la hora de la muerte.

2 No basta que tus dictámenes y tus máximas sean cristianas; es menester ignorar hasta el lenguaje de los mundanos. Guárdate bien de aplaudir los abusos y las modas del mundo, ni jamás cites sus estilos en tono que autorice sus desórdenes. Es la cosa mas extravagante que el espíritu del mundo haya de servir de regla á las costumbres de los cristianos. Condena abiertamente sus máximas, y jamás des cuartel á su espíritu. Y si este espíritu repugna á todo cristiano, mucho mas abominable será en las religiones. Escandaliza en una persona religiosa hablar del buen gusto de un traje y del garbo de una mujer mundana. Ciertamente ninguna cosa desacredita mas á una comunidad que tratarse en ella lo que huele á mundo y á sus vanidades.

DIA XI.

MARTIROLOGIO.

EL DICHOSO TRÁNSITO DE SAN MARTIN, obispo y confesor, en Tours en Francia, cuya vida fué esclarecida en muchos milagros: mereció entre otras cosas resucitar tres muertos. (*Véase la noticia de su vida en las de hoy.*)

EL MEMORABLE MARTIRIO DE SAN MENAS, soldado egipcio, en Cute en Frigia; el cual en la persecucion de Diocleciano, arrojando la insignia de la milicia, mereció ser soldado del Rey celestial, entregándose en el desierto á la contemplacion de las cosas divinas: pero despues saliendo al público y declarando en alta voz que era cristiano, primero fué probado con crueles tormentos y últimamente estando de rodillas en oracion dando gracias á nuestro Señor Jesucristo, fué degollado: despues de muerto resplandeció en muchos milagros. (*Véase su historia en las de hoy.*)

LOS SANTOS MARTIRES VALENTINO, FELICIANO Y VICTORINO, en Ravenna; coronados en la persecucion de Diocleciano.

SAN ATENOBORO, martir, en Mesopotamia; el cual en tiempo del mismo Diocleciano, siendo presidente Eleusio, fué atormentado con fuego y con otros suplicios, y por fin condenáronle á ser degollado; mas como cayese desmayado el verdugo (como impelido de una fuerza sobrenatural), y no se hallase otro que en su lugar ejecutára la sentencia, puesto el Santo en oracion, murió en el Señor.

SAN VERANIO, obispo, en Leon de Francia, cuya vida fué ilustre por su fe y virtudes. (Asistió al concilio 2.º de Macron, el año 585, y tomó gran parte en los sabios reglamentos que en él se publicaron. Fué otro de los obispos enviados á París para quejarse al rey Clotario II del asesinato del obispo S. Pretextato. Childeberto II le respetó tanto, que quiso fuese padrino de su hijo Tierri, que heredó despues la corona. Murió gloriosamente por los últimos años del siglo VI.)

SAN BARTOLOMÉ, abad, en el monasterio de Grotaferrata en el campo de Frascati, compañero de S. Nilo, cuya vida escribió.

SAN MENAS, solitario, en el Abrucio (ó pais de los Samnitas, en Italia), cuyas virtudes y milagros refiere S. Gregorio papa, (en su lib. *Dialog.* lib. 3, cap. 26. Murió en el Señor por los años de 379.)

SAN MARTIN, OBISPO DE TOURS Y CONFESOR.

FUÉ S. Martin originario de Sabaria en la Panonia. Siendo de edad de diez años, contra la voluntad de sus padres, que eran gentiles, fué en busca del sacerdote de los cristianos, y se alistó en el catálogo de los catecúmenos. Su padre, tribuno de una legion, procuró desviarle del culto del verdadero Dios; pero



S. MARTIN O. Y C.

nada pueden los esfuerzos de los hombres cuando el Señor quiere apoderarse de un corazón. Luego que cumplió doce años pensó en retirarse á un desierto, y lo dejó de hacer precisamente por las pocas fuerzas de su tierna edad. Poco tiempo despues, en virtud de un decreto imperial, fué alistado en una compañía de caballos como hijo de la tropa y de un oficial veterano. A los quince años sirvió en el ejército de Constancio, y despues en el de Juliano apóstata. Aun no habia recibido el bautismo, y no obstante evitó todos los desórdenes que tan frecuentemente acompañan la profesion de las armas, haciendo una vida de religioso en traje de soldado. Era su virtud sobresaliente la caridad con los pobres. Entrando un dia de invierno muy riguroso en la ciudad de Amiens, encontró á un pobre desnudo, temblando y traspasado de frio: pidióle limosna, y no teniendo que darle, se enterneció estrañamente su compasivo corazón á vista de aquella necesidad. Pero como la caridad es fecunda en arbitrios y en recursos, sacó la espada, cortó la capa por el medio, y dió la mitad al traspasado mendigo. Sus camaradas comenzaron á burlarse de la liberalidad del catecúmeno; pero Martin nunca se dejó ver mas de gala que con aquella media capa, librea magnífica que publicaba á todos su caridad con Jesucristo; espectáculo verdaderamente digno ver á un simple catecúmeno revestido de la caridad del Salvador hasta interesarse en los trabajos de sus miembros á costa de su propia persona. ¿Pero quién perdió jamás lo que dió al mismo Jesucristo? La noche siguiente se apareció en sueños á S. Martin el Salvador, diciendo á los ángeles que le acompañaban: *Martin, siendo todavía catecúmeno, me cubrió con este vestido.* Despues de este favor se resolvió á dejar el servicio del rey de la tierra para tomar partido en las tropas del Rey del cielo, y contrajo con Jesucristo el empeño de una eterna fidelidad recibiendo el santo bautismo. Hecho esto, solo pensó en retirarse de la milicia; y le pareció buena ocasion la de un dia en que el apóstata Juliano repartia á los soldados una paga estraordinaria para empeñarlos mas en hacer su deber en una irrupcion de bárbaros. Martin en lugar de recibir la paga, pidió su licencia; pero notándole de cobarde, porque solicitaba retirarse casi en la víspera de una batalla, respondió generosamente: *Asegúreseme hasta el dia de la funcion: póngaseme entonces delante de las primeras filas sin otras armas que la señal de la cruz, y entonces se verá si temo á los enemigos, ni á la muerte.* Túvose la proposicion por fanfarronada militar, y se le aseguró para hacer la experiencia; pero aquella misma noche pidieron los bárbaros la paz, y se retiraron. Dejó, pues, las armas para dedicarse enteramente

al servicio de Jesucristo; y habiendo oído hablar de la virtud de S. Hilario, obispo de Poitiers, fué en busca suya para aprender en la escuela de tan grande maestro las máximas de la vida interior. Hizo tantos progresos en la virtud, que S. Hilario le quiso ordenar de diácono; pero él se contentó con el grado de exorcista, siendo todo lo que por entonces se pudo conseguir de su humildad. Dióle el Señor á entender ser voluntad suya que hiciese un viaje á su tierra para convertir á sus padres, que todavía eran idolátras. Al pasar los Alpes cayó en manos de ladrones: uno de ellos levantó el brazo para hendirle la cabeza; pero otro compañero le detuvo: maniatáronle, y encargaron su custodia á uno de la cuadrilla: este le preguntó quién era, y Martin le respondió: *Yo soy cristiano*. Replicóle el ladron: *¿Tienes miedo?* *Nunca tuve menos*, repuso el Santo, *porque Dios asiste en los peligros*. Quedó aquel hombre tan pasmado á vista de aquella constancia y heroica magnanimidad, que no solo dejó la profesión de ladron para vivir cristianamente, sino que se hizo religioso para dedicarse enteramente á Dios, y de su misma boca se supo despues este suceso. Llegó á Hungría, convirtió á su madre y á otras muchas personas; pero no pudo reducir á su padre, y él desventurado viejo murió en su ceguedad y obstinacion. Allí defendió la fe católica contra los arrianos, que al cabo le echaron del país despues de haberle azotado públicamente. Dirigióse á Milan, y se encerró en un monasterio; pero la facción de los arrianos tambien le arrojó de él. Retiróse á una isla del mar Tirreno, donde por mucho tiempo se sustentó con las yerbas del campo. En una ocasion comió acónito sin conocerle; pero sintiendo el efecto del veneno que le despedazaba las entrañas, hizo oracion, y quedó libre. Volvió á las Galias en busca de S. Hilario: edificó junto á Poitiers un monasterio; y viviendo en él santísimamente en compañía de algunos monges, resucitó á un catecúmeno que habia muerto sin recibir el bautismo, y vivió despues muchos años. Poco tiempo despues resucitó otro criado de Lupiciano, señor principal, que se habia ahorcado, suspendiendo Dios su juicio por las oraciones de nuestro Santo, y haciendo uno de aquellos estraordinarios prodigios de su misericordia que nos deben servir de ejemplo á todos los pecadores.

Habiendo vacado el obispado de Tours por muerte de su obispo, pusieron los ojos en S. Martin para que ocupase aquella silla; pero como se sabia muy bien su repugnancia á todo lo que sonaba á dignidad, le sacaron del monasterio con pretesto de que fuese á visitar á un enfermo, y los diputados de Tours se apoderaron de él por fuerza á pesar de todas sus representaciones.

Colocóle en el empleo episcopal la vocacion legitima de Dios, y correspondió con la santidad de la vida á la escelencia del ministerio, sabiendo unir con todas las virtudes episcopales las que eran propias de la profesion de monje. Edificó cerca de Tours un monasterio, que hoy se llama *Marmoustier*, adonde se retiraba cuando se lo permitian los cuidados de la dignidad. Comió el zelo de la casa de Dios: á imitacion del de Elias no paró hasta consumir todos los idolos del gentilismo. No es fácil referir todos los triunfos que consiguió de los gentiles. Queriendo echar á tierra una encina que los paganos tenian consagrada al demonio, se opusieron á su zelo los infieles; y el mas atrevido de todos le dijo, que ellos mismos la cortarian y darian por el pié, con tal que al tiempo de caer la recibiese él sobre sus costillas. Aceptó el Santo el partido lleno de una viva confianza en Dios, cuya causa defendia: atáronle los gentiles por el lado donde habia de caer el robusto y enorme tronco. Temblaban sus monges á vista del peligro á que se esponia, y se gloriaban los infieles, pareciéndoles que ya estaban viendo la inevitable ruina del enemigo de sus dioses. Cortóse en fin el árbol, y cuando venia á desgajarse con el estruendo que se deja discurrir, levantó el siervo de Dios la mano, hizo la señal de la cruz, y el vegetable coloso torciendo en el aire la direccion, se fué á derribar al lado opuesto. A vista de esta maravilla no quedó ni un solo gentil en todo aquel contorno. Sanó á un leproso dándole un ósculo de paz. Salia de él con tanta abundancia la gracia de los milagros, que hasta los pedazos de su vestido, las cartas que escribia, y la paja en que reposaba obraban milagrosas curaciones. Fué en busca del emperador Valentiniano para implorar su proteccion contra los arrianos: la emperatriz Justina, que profesaba la misma secta, dispuso que se le negase la entrada en palacio; pero Martin entró hasta el mismo cuarto del emperador, pasando por medio de los guardias sin que ninguno lo advirtiese. Enfadado el emperador, volvió la cara á otro lado sin corresponder á su salutacion; mas al mismo punto se vió de repente cercado de fuego en la silla en que estaba sentado; y asombrado del prodigio, se levantó aceleradamente, corrió á abrazar al santo obispo, y le trató con tanto respeto como desprecio le habia manifestado. Máximo, usurpador del imperio, tambien le trató siempre con afabilidad. Convidóle á su mesa, hizole sentar junto á sí, y cuando le presentaron la copa para beber, mandó que se la alargasen primero al santo obispo, no dudando que despues que él hubiese bebido la alargaria inmediatamente al emperador; pero Martin, despues que bebió él, la presentó al diácono que le acompañaba, pare-

ciéndole que no habia en la mesa sugeto de mayor dignidad que la suya. Admiró el emperador esta religiosa accion, y por mucho tiempo no se habló en la corte de otra cosa que de la noble libertad del siervo de Dios. Tambien la emperatriz quiso darle una comida sazónada por sus propias manos, y servirle ella misma á la mesa. Espectáculo verdaderamente asombroso ver á un obispo pobre, extranjero y mal vestido, servido por una grande emperatriz. ¡Oh qué poderosa es la santidad!

Hablando Severo Sulpicio de este gran Santo, dice que no conoció otro que con mas prontitud, precision y claridad respondiese á los lugares mas dificultosos de la sagrada Escritura; pues aunque la sabiduría era la menor de todas las prendas que adornaban al siervo de Dios, ¿cómo no habia de tener un entendimiento muy iluminado el que continuamente estaba bebiendo los rayos del Sol de justicia, siempre en oracion, siempre en presencia de Dios, velando dia y noche á las puertas de la divina sabiduría, y no concediendo á la naturaleza sino lo preciso para que no se creyese que era ya bienaventurado? Era hombre por una parte de suprema rectitud, y por otra de incomparable bondad. A ninguno juzgaba, á ninguno condenaba, nunca volvia mal por mal, y sufría los atrevimientos del menor clérigo de su obispado como si no fuera superior, cabeza y príncipe de todos ellos. Nunca le vieron colérico, nunca triste, nunca entregado á una vana ó inmoderada alegría, sino siempre igual; y como su corazon era el domicilio de la paz y de la caridad, tampoco se abria su boca sino para pronunciar palabras de edificacion. Parecia un hombre superior á la naturaleza de todos los demás por su elevada virtud. Honró Dios su eminente santidad con el don de los milagros; los que le eran tan familiares, que parecia especie de milagro el dejar de hacerlos, por lo que fué el taumaturgo de su siglo. A tan milagrosa vida correspondió una muerte tan dichosa, que en ella admiraremos otro prodigio de caridad. Habia tiempo que sabia por revelacion la hora de su muerte, y tenia prevenido de ello á sus discípulos. Noticioso de que en la iglesia de Canda, perteneciente á su obispado, habia alguna disension, pasó á apaciguarla este ángel de paz. Logró el intento, y sintiendo que le iban faltando las fuerzas, conoció que aquella debilidad era pre-nuncio de su muerte. Echóse en cama, quedándose boca arriba con los ojos clavados en el cielo para no perder de vista el lugar donde tenia fijo su amor. En esta postura pedia á Dios se dignase desatarle de las cadenas del cuerpo para ir á gozar en el empi-reo de la libertad que gozan los hijos de Dios. Era el pobre lecho un verdadero cilicio cubierto de ceniza: rodeábanle sus discipu-

los deshechos todos en lágrimas, y le suplicaron les permitiese ponerle debajo algunas humildes pajas; pero el Santo no lo consintió, diciendo: *Hijos míos, un cristiano debe morir sobre la ceniza; pecaría yo si os diera otro ejemplo.* Replicáronle los discípulos: *Tú eres nuestro padre, no nos desampares, porque vendrán los lobos carníceros, se arrojarán sobre el rebaño, ¿y quién le defenderá cuando ya no tenga pastor?* Enternecióse el Santo; y sintiendo en su corazon dos afectos contrarios á imitacion del Apóstol, uno de ir á unirse con su soberano bien, y otro de quedarse en la tierra para mayor bien de su Iglesia, en esta situacion hizo á Dios la oracion siguiente: *Señor, si todavía soy necesario á tu pueblo, no rehúso el trabajo: hágase tu voluntad.* ¡Oh varon superior á todos los elogios! esclama la Iglesia á vista de este paso; pues ni temiste la muerte, ni rehusaste la vida. ¡Admirable disposicion de caridad, esponer la propia salvacion por asegurar la de su rebaño! Tuvo atrevimiento el demonio para aparecérselo al Santo en aquella hora; pero todo lo que sacó fué oír de su boca esta reprension: *¿Qué haces ahí, bestia sangrienta? Vete, infeliz, pues no encontrarás en mí cosa que sea tuya.* Tenia continuamente las manos y los ojos levantados al cielo: dijéronle que seria bien se volviere de algun lado para que el cuerpo tuviese algun descanso, á que dió esta admirable respuesta, claro testimonio de lo embebido que estaba en su Dios aquella grande alma: *Dejadme, hermanos míos, dejadme mirar al cielo, para que mi alma, que va á ver á Dios, tome de antemano el camino que conduce á él.* Un instante despues espiró; y desprendiéndose sobre su cuerpo un rayo de gloria celestial, se cubrió su santo rostro de un resplandor mas brillante que el que forma la misma luz, de manera que parecian haberse anticipado á su cadáver los dotes de cuerpo resucitado y glorioso. En el mismo instante fué revelada su muerte á S. Severino, obispo de Colonia, y á S. Ambrosio, obispo de Milan. Fué el santo cuerpo trasportado á Tours con tan magnífico acompañamiento, que igualó á la mayor pompa fúnebre de los grandes de la tierra, y aun á la del triunfo mas augusto de los conquistadores del mundo. Halláronse en él mas de dos mil religiosos, que todos se podian considerar como discípulos suyos. Conservóse el santo cuerpo en Tours mas de cuatrocientos años, hasta que los normandos iban á poner sitio á la ciudad, de donde le retiraron antes que aquellos llegasen; pero veinte y un años despues fué restituido á ella con grande pompa, continuando en ser extraordinariamente honrado y reverenciado de todos hasta el siglo XVI, en que los hugonotes se apoderaron de Tours, y quemaron el santo cuerpo sin

poderse salvar mas que el hueso del brazo, y una parte del cráneo.

SAN MENNA, SOLDADO Y MÁRTIR.

FUE S. Menna egipcio de nacion, soldado é ilustrísimo mártir: el cual hallándose de guarnicion en una ciudad de la provincia de Frigia ó Asia Menor llamada Cotico, y hoy, á lo que dicen, Cúte, entendiendo que se publicaba un edicto de los emperadores Diocleciano y Maximiano, muy riguroso contra los cristianos; dejando el cinto y dignidad militar, y el servicio de los emperadores, se retiró á un desierto donde estuvo cinco años, haciendo vida solitaria y de grande aspereza, como ensayándose con ayunos, oraciones y penitencias para entrar en la batalla que esperaba, y dar su sangre por el Señor. Pasados los cinco años, inspirado por Dios, volvió á la ciudad un dia en que se celebraban fiestas, y todo el pueblo estaba junto en el teatro para ver ciertos ejercicios militares, como justas ó torneos.

Entró Menna en medio de este espectáculo con vestido roto y vil, y como un hombre despreciado, y con voz alta y rostro alegre y grave, comenzó á decir aquellas palabras de Isaías: *He sido hallado de los que no me buscan, y manifestado á los que no me preguntan*; para dar á entender que no venia forzado, sino de grado, y por su voluntad se ofrecia al martirio. Todos los circunstantes pusieron luego los ojos en Menna, maravillados de su traje, osadía y libertad. Echaron mano de él: lleváronle á Pirrho, presidente, y confesando que antes habia sido soldado de los emperadores y que era cristiano, le mandó llevar á la cárcel, y (por no interrumpir las fiestas que se hacian) que el dia siguiente le presentasen delante de su tribunal. Procuró el juez con blanduras y palabras halagüeñas, ofrecimientos y promesas, tentar el pecho del santo mártir, y atraerle á que negado á Jesucristo, adorase á sus falsos dioses; y como no le aprovechasen todas sus artes y mañas, y el santo mártir le respondiese con gran brio y libertad, convirtió toda aquella falsa blandura en crueldad, y mandóle tender en el suelo y azotar con nervios crudos, hasta que obedeciese á los mandatos de los emperadores. Hiriéronle muy crudamente, y salian de sus heridas rios de sangre, que regaban el lugar en que le atormentaban. Levantáronle en el ecúleo: rasgaron con uñas de hierro sus carnes: quemaron con hachas encendidas sus costados: fregaron con un cilicio áspero sus llagas: arrastraron su cuerpo por el suelo sembrado de abrojos: quebrantáronle de nuevo con varas y con plomadas:

diéronle grandes puñadas y golpes en su rostro; y el valeroso caballero de Cristo estaba con un corazón esforzado y quieto, con un semblante sereno, con una boca llena de risa (como si no fuera él, sino otro el que padecia) haciendo burla de sus tormentos, y pidiendo á los impíos ministros que se los acrecentasen, porque decia que era poco todo lo que habia sufrido y todo lo que podía sufrir para lo que Dios merece y él deseaba sufrir por él; de manera que el juez y sus ministros y los mismos atormentadores, estaban atónitos de ver tan estremada constancia y tanta alegría en tan graves penas. Quisieron algunos antiguos amigos suyos persuadirle que dejase aquella que ellos llamaban obstinacion y locura, y que no perdiese la vida, que es tan deseable, ni las comodidades, honras y regalos que podia tener; y él, como si fueran silbos de una venenosa serpiente, así tapó sus oidos á las palabras que le decian; teniendo por enemigos capitales á todos los que con la esperanza de esta vida frágil y transitoria, le pretendian apartar de la perdurable y eterna. Finalmente el presidente, vista la constancia del soldado del Señor, pronunció sentencia de muerte contra él, mandando que fuese degollado y quemado. Lleváronlo á un lugar llamado Potemia: concurrió mucha gente á aquel espectáculo; y él con su vestido pobre, como persona que tenia en poco lo de acá, levantando los ojos al cielo y puesto su corazon en Dios, hizo oracion, y suplicó con grande afecto al Señor, que en aquella hora le favoreciese y le diese victoria por Jesucristo su Hijo; para que, libre de las miserias de esta vida, le pudiese ver y adorar, y gozar para siempre de su gloriosa presencia. Acabada esta oracion, fué degollado, y su sagrado cuerpo echado al fuego para ser quemado; mas fué el Señor servido que algunos hombres piadosos se dieron tan buena maña y diligencia, que pudieron recoger del fuego algunas de sus preciosas reliquias y envolverlas en lienzos limpios y unguentos olorosos, y llevarlas á su patria, y colocarlas honoríficamente, como el mismo Santo antes que muriese se les habia mandado. Fué el martirio de S. Menna á los once de noviembre, por los años de Cristo de 296, imperando los ya nombrados Diocleciano y Maximiano. Hizo Dios muchos y muy grandes milagros despues de su muerte por este glorioso mártir, los cuales refieren diferentes autores. De S. Menna escriben todos los Martirologios y los griegos en su Menologio; porque este santo mártir fué muy ilustre y muy celebrado en el Oriente. Pero adviértase, que hay otro Menna mártir, que murió en Alejandría imperando Maximiano, con otros sus santos compañeros, cuya fiesta se celebra

á los 10 de diciembre. Algunos autores los confunden y de dos Mennas hacen uno.

El pueblo de Sentmanat, diócesis de Barcelona en el principado de Cataluña, venera por su patrono titular á S. Menna, y posee reliquias suyas, cuya traslacion celebra anualmente como fiesta principal en la tercera dominica de abril.

SANTO TORIBIO DE LIÉBANA, CONFESOR.

LA uniformidad del nombre de este insigne confesor de Jesucristo con Sto. Toribio obispo que fué de Astorga, y la naturalidad de ambos de la ciudad de Palencia, ha dado motivo sin la menor duda para que los confundan muchos escritores; pero si se atiende á las épocas en que florecieron, se desvanece la equivocacion. Es bien sabido, que Sto. Toribio obispo de Astorga vivió cerca del comedio del siglo v. en tiempo del papa León el Grande, como lo comprueban sus actas contra los herejes priscilianistas; y siendo constante que floreció el segundo Toribio mas de setenta años despues, segun se acredita por la célebre carta que le dirigió Montano arzobispo de Toledo, de la que hace mencion S. Ildefonso, distinguiendo á este ilustre héroe de aquél, se convence claramente que fueron distintos los dos Toribios, dignos ambos de eterna memoria por sus heroicas virtudes y por sus laudables empresas.

Supuesta esta distincion, es de saber que Sto. Toribio de quien se trata fué natural de la ciudad de Palencia; y educado desde la cuna en la religion católica, siguió fielmente todas sus piadosas máximas y arregló sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios. No nos constan los hechos de su infancia, porque la injuria del tiempo robó á la posteridad estas noticias; pero por la gran reputacion que ya tenia á mediados del siglo vi, se infiere la santidad en que pasó los primeros años de su vida. Habíale Dios dotado de unos talentos extraordinarios, y haciendo de ellos uso en beneficio de la Iglesia, trabajó infatigablemente para sepultar las reliquias del paganismo y de la herejía de Prisciliano que habian quedado en el territorio de Palencia, despues que santo Toribio obispo de Astorga empleó todo su zelo y toda su autoridad en destruir este monstruo fatal, que causó tanto estrago en España. Supo Montano arzobispo de Toledo las laudables ocupaciones del Santo, y queriendo darle una prueba nada equivocada del alto concepto y de la grande estimacion que le profesaba, le escribió una carta llena de honor, la cual nos da idea de la pureza de la fe, de la justificacion de la conducta y del zelo verda-

deramente apostólico de Toribio; por la que tambien se infiere que tenia en Palencia grande autoridad, bien fuese secular ó eclesiástica. Hemos conocido, le dice Montano en la carta, y sabido por esperiencia, que sois un grande defensor de la fe católica y amigo de la santa religion, pues cuando aun floreciais en el siglo, resplandecia de tal manera vuestra vida, que obrando conforme al dicho del Señor, dabais al César lo que era del César, y á Dios lo que era de Dios; y así con mucha razon os llamare el propugnador del culto divino con especialidad en esta provincia. ¿Por ventura sabeis el grande premio que os reserva Dios; puesto que por vuestra industria y vigilancia se desterró el error de la idolatria, y se dispó la detestable y vergonzosa secta de los priscilianos? ¿Qué podré decir de la fe de los señores temporales con los que trabajasteis tanto, que reduциsteis dulcemente los feroces ánimos de los naturales á la saludable regla y á la acertada norma de la disciplina regular? La divina clemencia os privilegió, para que perfeccionaseis con preces y con oraciones lo que emprendisteis con sumo trabajo. Yo siempre he procurado indicar á vuestra celsitud las noticias que han llegado á nos del congreso Palatino, para que en adelante se aquiete mas fácilmente la nefanda presuncion por vuestra correccion. En esta inteligencia sabe, que nos han dicho, que ciertos presbíteros se han atrevido con arrojo temerario no solo á consagrar sino á violar las cosas sagradas, cuando no pueden dudar que el derecho de la consagracion del crisma es tan solamente debido á los pontífices u obispos, inusitado desde el principio de la fe católica por los ministros de su orden. Creo que esta demencia no se oculte á tu piadosísima conciencia, y por lo mismo espero, que usando de la autoridad de severísimo sacerdote, corrijas esta temeridad con rigurosa reprehension; pero si despues de la monicion presumiesen reiterar la maldad, sea condenada su contumacia con la sentencia conveniente.

Cumplió Toribio con la mayor exactitud las prevenciones del arzobispo Montano; pero fatigado de los cuidados populares, determinó retirarse del mundo, para atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion. Puso los ojos en las ásperas montañas de Liébana, tan elevadas que parece que llegan á la region superior, especialmente las que llaman de Europa que dan vista al mar de S. Vicente de la Barquera, y unido con el obispo Tolobeo, Sinobi diácono, Eusebio, Eusóstomo y Jofazo, abrazaron la regla de S. Benito en el monasterio de este orden que está en las mismas sierras una legua de la villa de Potes, á bien fundado por Toribio y sus ilustres compañeros, segun nos